

HISTORIA PROBLEMA Y PROMESA

homenaje a
jorge basadre

Capítulo 43



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1978

© Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 1978

Diseño de carátula: Víctor Cumpa

Tuvo a su cargo la revisión técnica: Guillermo Cock

Fotografía: Guillermo Hare

MENENDEZ PELAYO Y LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES

Ricardo Donoso

Biógrafos y críticos de Menéndez Pelayo, particularmente don Ramón, dividen en varias etapas bien definidas por las que atravesó la vida intelectual del escritor peninsular: el de la polémica, de los veinte a los veinticinco años, que corresponden a la publicación de sus primeros trabajos *La ciencia española* y *Los heterodoxos*; el de la estética literaria, de los veintiséis a los treinta y cinco años, en la que se incluyen gran número de prólogos y la *Historia de las ideas estéticas*; el de la erudición y crítica, que llenan dos lustros de su vida, desde los treinta y cinco hasta los cuarenta y cinco, durante los cuales se publicaron la *Antología de los poetas líricos castellanos*, los comentarios al teatro de Lope de Vega, y finalmente, la postrera, que ocupa los últimos diez años de su vida, de los cuarenta y seis a los cincuenta y seis, y que está señalada por su notable trabajo sobre los *Orígenes de la novela*.

Esas etapas se desarrollaron dentro de un período dramático de la vida española, durante el cual ocurrieron hechos trascendentales y el país luchó por incorporarse dentro del movimiento de las ideas de la Europa moderna. La revolución que derribó a Isabel II del trono, en 1868, consagró el establecimiento del sufragio universal, la libertad de cultos, de imprenta y de enseñanza, y sancionó los derechos de reunión y de asociación. Las Cortes constituyentes, elegidas por sufragio universal, se pronunciaron por el establecimiento de una monarquía constitucional, en la cual un Congreso de los diputados tendría una duración de tres años, y un Senado una de doce. El general Prim, encargado del poder ejecutivo, ofreció la corona a don Fernando, rey de Portugal, y la cuestión de la corona desembocó finalmente en la guerra franco prusiana y la caída del imperio de Napoleón III. En noviembre de 1870, Prim ofreció la corona a don Amadeo de Saboya, hijo del rey Víctor Manuel, y el mismo día en que éste desembarcaba en Cartagena, Prim era asesinado, el 30 de diciembre de 1870, en Madrid.

Las guerras carlistas y las luchas religiosas ensangrentaron la España durante el siglo XIX y en materia religiosa la intolerancia cerrada continuó hasta

1 Introducción al libro de este mismo título, en preparación.

la República de 1873 y se modificó, aunque no plenamente, en la Constitución monárquica de 1876. Para explicarse esta intransigencia de la Iglesia a ceder en sus posiciones, basta leer las páginas que Menéndez Pelayo consagró a las luchas religiosas de su siglo en el tercer volumen de los *Heterodoxos*, inspiradas por el fanatismo más exaltado, y de las que se arrepentiría con el correr de los años. Dos cuestiones fundamentales sacudieron a mediados del siglo, el alma española, las relaciones con la Iglesia de Roma y las que decían relación con la libertad del culto religioso, tenazmente resistida por la iglesia católica y sus secuaces.

La frialdad y hostilidad con que fue recibido Amadeo de Saboya desembocó finalmente en su abdicación, el 11 de febrero de 1873. La primera república española de Pi y Margall y Castelar tuvo una vida efímera, y la proclamación de la libertad de cultos y el establecimiento del matrimonio civil, irritando profundamente al clero, dieron origen a la segunda guerra carlista, a la que puso término el general Martínez Campos, que favoreció el restablecimiento de la monarquía de los Borbones en la persona del hijo de Isabel II, Alfonso XII. El obrero infatigable de la restauración borbónica, Cánovas del Castillo, se esforzó por incorporar a la península en el ambiente social y político de la Europa de sus días. La Constitución de 1876 reconoció el catolicismo como religión del Estado, prohibiendo toda manifestación pública de otro culto, declarando por otra parte que nadie podría ser inquietado por sus opiniones religiosas, ni por el ejercicio de su culto, pero dentro del respeto a la moral cristiana. El Pontífice no dejó de protestar contra el atentado que se cometía contra los derechos de la Iglesia, mientras los obispos reclamaron de que fueran castigados quienes no se descubrieran ante el paso de una procesión o hicieran públicamente burla de los dogmas de la Iglesia.

Uno de los historiadores españoles que ha visto con mayor agudeza los cambios profundos que se produjeron en la vida española desde la Restauración, ha sido Jaime Vicens Vives, para quien el restablecimiento de los Borbones fue un acto de fe en la posibilidad de llegar a un clima de convivencia, y el entendimiento de Cánovas con Sagasta, para llegar a un turno pacífico en el disfrute del poder, un rasgo acentuado de su talento político de estadista.

Desde entonces la vida política española se desarrolló dentro de dos grandes corrientes, conservadores y liberales, los primeros bajo la dirección de la vigorosa personalidad de Cánovas, favorable al mantenimiento de los privilegios de la Iglesia, y los últimos agrupados alrededor de Sagasta que cada vez se tiñeron más de anticlericalismo.

Bajo ese tenso ambiente de luchas políticas e ideológicas, en las cuales las relaciones con la Iglesia y la libertad de cultos surgieron como los puntos fundamentales, surgió la personalidad intelectual de Menéndez Pelayo, a los veinte años de su edad, ejemplo de precocidad extraordinaria, como el campeón de la vieja España católica y perseguidora de herejes, cuyo símbolo más elocuente era la Inquisición y sus hogueras. De aquí su defensa apasionada de los privilegios de la Iglesia, su ira incontenible contra los constituyentes de Cádiz, que abolieron el Tribunal del Santo Oficio, y su constante alusión, que despertaría la sangrienta ironía de Galdós y de los escritores de la generación de 1898, a “nuestras venerandas tradiciones”.

Ya en las páginas de *La familia de León Roch* (1878) Pérez Galdós se había reído con sarcasmo corrosivo de todos los lugares comunes que circulaban en su tiempo, sobre las venerandas creencias del pueblo español, de aquello de que el pueblo español era eminentemente religioso y de la hidalguía castellana.

De cuantos biógrafos y críticos ha tenido Menéndez Pelayo y se han esforzado en caracterizar su evolución ideológica, ninguno lo ha hecho tal vez con más acierto que Pedro Sainz Rodríguez, para quien ante todo, fue un humanista cristiano y su libro *los Heterodoxos españoles* corresponde a su época intransigente y polémica. Para Sainz constituyó una intuición genial del escritor santanderino la interpretación de la historia de España y de su cultura en el terreno de la historia religiosa. Fue notoria para los contemporáneos la clara evolución que experimentó Menéndez Pelayo en su pensamiento, aun cuando Sainz Rodríguez reconoce que es confusa y difícil la delimitación cronológica de las reales o supuestas evoluciones de su pensamiento.

La misma crítica a la estructura de la sociedad española, y de la intensa forma que sobre ella pesaba la tradición católica, se encuentra en la admirable novela de Pío Baroja, *César o nada*, tal vez la más notable de sus obras, publicada en 1910, en vida de Menéndez y Pelayo. El personaje central de la novela, César Moncada, animado de ímpetus renovadores, se esfuerza por renovar el ambiente y la vida en un oscuro pueblo de Castilla, Castro Duro, maravillosamente dibujado por el autor, y cae derrotado, vencido por el peso de las venerandas y sacrosantas tradiciones católicas.

“Hoy Castro Duro, terminaba diciendo Baroja en las palabras finales de su novela, ha abandonado ya definitivamente sus pretensiones de vivir, ha vuelto el orden, como dice el periódico semanal conservador; las fuentes se han secado, la escuela se cerró, los arbolillos del parque Moncada fueron arrancados. La gente

emigra todos los años por centenares. Hoy para un molino, mañana se hunde una casa; pero Castro Duro sigue viviendo con sus venerandas tradiciones y sus sacrosantos principios, sin permitir que los advenedizos sin religión y sin patria turben su vida, sin mancillar los derechos sacrosantísimos de la Iglesia nuestra madre, envuelto en polvo, en suciedad y en mugre, dormido al sol en medio de sus campos sin riego.”

En el caso de los *Heterodoxos* es de una claridad meridiana².

¿Qué pensaron los contemporáneos a la fecha de la publicación de su libro? Veamos, en primer término, la opinión de don Juan Valera, que ejercía sobre el escritor santanderino una especie de autoridad paternal, como ha observado Sainz Rodríguez.

“Nadie ha hablado de ella hasta ahora, que yo sepa, con el detenimiento que merece, escribía.

Digna de alabanza y hasta envidiable es la firme y arraigada fe católica del autor en esta época de descreimiento.

En primer lugar, si no la negación terminante de la doctrina del progreso, cierta vergüenza pueril de confesar que en ella se cree y cierta manía de lanzar, de vez en cuando, dardos satíricos contra la edad presente, despojan a esta historia de unidad y propósito.

El señor Menéndez Pelayo, movido de santo furor, no sólo condena lo pasado, sino también lo presente y lo futuro como no sea ortodoxo. El libro mismo del señor Menéndez valdría mil veces más, sería la admiración de los sabios de Europa, si la intolerancia no le afeara.”

“Por cima del patriotismo está la verdad, agregaba el autor de *Juanita la Larga*. Menester es confesarlo, casi desde principios del siglo XVI hay en nuestra civilización un germen deletéreo que la corrompe y marchita. Este germen es el fanatismo religioso y no porque en otros países no existiera, sino porque aquí existía unido unánime y en otros países dividido y luchando. Por allá, en la fiera lucha, acabó por anularse, mientras que entre nosotros apenas hubo lucha, y vivió. Por este lado podemos también seguir a los Menéndez Pelayo y Ortí y Lara y hacer de un modo sofístico la apología de la Inquisición. En efecto, toda la sangre que derramó, todas las lágrimas que obligó a verter, toda la carne humana que tostó, y todas las víctimas que hizo durante dos siglos, no equivalen al

2 *Menéndez Pelayo historiador y crítico literario*. Madrid, Afrodísio Aguado, 1956.—Incorporado también en su libro *Evolución de las ideas sobre la decadencia española*. Madrid, Ediciones Rialp, 1962.

número de personas que perecen violentamente en el mismo período histórico y durante pocos años en cualquiera de las guerras religiosas de Alemania, Francia o Inglaterra, pero allí, por la lucha de fanatismo opuestos, nace la libertad y mueren los fanatismos, mientras que entre nosotros, con poca lucha, con menos horrores y crueldades, pero con una comprensión larga, constante y sistemática, la libertad muere y el pensamiento se agosta y esteriliza”.

Y como no perdía la esperanza de sacarlo de una posición irreductible, le agregaba: “Aunque el señor Menéndez y Pelayo es aferrado y pertinaz en sus ideas, todavía tengo yo alguna esperanza de que en este mundo cambie. Su neo-catolicismo puede desaparecer y él entonces ganará mucho. Por ahora hay a mi ver, en cuanto escribe, su poco de neo-catolicismo, lo cual le perjudica bastante”³.

El repudio que de la obra de Menéndez Pelayo hizo Castelar no fue menos categórico. “Tengamos la seguridad de que si el señor Menéndez Pelayo no representara la escolástica secular, la intolerancia religiosa, el absolutismo histórico, la ortodoxia neta, como subsisten todos estos recuerdos en nuestra edad. . .

“Nos hemos detenido aquí, agregaba, porque aquí comienza una de las más terribles calamidades que han pesado sobre la historia moderna, la calamidad de las guerras religiosas, desconocida por la implacable intolerancia del señor Menéndez Pelayo.

“La biografía y condenación de Servet le parece teñida de incompreensión. Imposible la historia en manos de semejantes sectarios, los cuales hacen de su secta el Josafat de las instituciones y de los siglos”⁴.

Transcurrieron desde entonces varios años, llenos de los acontecimientos más trascendentales. Muerto Alfonso XII en 1885, la Reina María Cristina ejerció la Regencia hasta 1902, pero en 1898 se había producido el terrible desastre de la pérdida definitiva del imperio colonial español, a raíz de la guerra con los Estados Unidos. En 1873 se había abolido la esclavitud en Puerto Rico, y cinco años más tarde la paz del Zanjón con Cuba sancionó en esta isla la misma medida. Mientras los marinos españoles se encomendaban a la Virgen del Carmen y rezaban el rosario a bordo de los barcos, los artilleros norteamericanos echaban al fondo del mar, en Cavite y en Santiago de Cuba, la escuadra española.

3 Valera, Juan.— *Obras completas*, II. Edición Aguilar, 549 y siguientes.

4 *Retratos históricos*, Madrid, 1884.

“La superioridad de las fuerzas navales de los Estados Unidos, escribe el historiador don Melchor Fernández Almagro, sobre las de España era aplastante de veras, y causa asombro que en nuestra patria, por lo común, se ignorase”⁵.

El terrible impacto económico y emocional que ese desastre provocó en el alma española sacudió también a sus hombres de letras y surgió una generación de escritores animada del deseo de hacer un examen de conciencia, analizar con valor los factores que habían conducido a la catástrofe y penetrar profundamente en el estudio de las características de la nacionalidad.

Para Vicens Vives el Desastre produjo una verdadera crisis de conciencia que en la mayoría repercutió en un sentimiento general de humillación y vergüenza y en otros provocó una voluntad de encarar cambios profundos. ¿Qué es España?, se preguntaban, dice. Para contestarse que España se definía en Castilla. Para el elemento intelectual España no les gustaba tal como era, y su pensamiento se tiñó de pesimismo, dando lugar a la creación de un ambiente general de ansia renovadora.

Es bien sabido que el autor de los *Heterodoxos* no vió con buenos ojos la aparición de esa generación de escritores, teñida de espíritu iconoclasta de revisión y reforma, de progresismo, como él decía, y que repudiaba con todas las fuerzas de su alma. Aun más: Menéndez Pelayo, acusó a alguno de ellos de dejarse mecer en las tibias aguas del anarquismo. Para los hombres de esa generación la personalidad intelectual del escritor santanderino representaba, no sólo la apología de la Inquisición y la intolerancia religiosa, sino las tendencias más retrógradas y oscurantistas del alma española.

Clara expresión de este pensamiento encontramos en la opinión vertida por Baroja en uno de sus libros. “En los dos primeros tomos, escribía, el autor guarda un poco la serenidad. En el segundo los capítulos dedicados a los dos Valdés y a Servet son más completos y tienen cierta generosidad. Si en estos dos primeros tomos de los *Heterodoxos* el autor conserva el decoro, en el último ya se vuelve loco de furor, es un seminarista atacado de hidrofobia. Ya viejo, Menéndez y Pelayo reconoció la acritud y virulencia de su libro y dijo para legitimarse, que había peleado una idea. A mí no me parecen mal la acritud y la violencia y pasaría por ellas con facilidad y aun pasaría también por la negación de principios que yo creo buenos, si en esa *Historia de los heterodoxos españoles* hubiera algún punto de vista nuevo, pero ni en este libro, y en otro que he leído

5 *Política naval de la España moderna y contemporánea. La crisis de 1898. Revista de Estudios Políticos*, núm. 21 págs. 47-78.

del mismo autor, la *Historia de las ideas estéticas*, hay para mí más que una sabia compilación”⁶.

La investigación en los archivos permitió a los historiadores José Toribio Medina y Henry Charles Lea rehacer desde sus cimientos la historia del Tribunal del Santo Oficio, en obras que el mismo Menéndez Pelayo no pudo menos que reconocer como fundamentales.

Mucha agua había pasado bajo los puentes desde la publicación de los *Heterodoxos* y su autor había sido testigo de las profundas transformaciones experimentadas por el mundo moderno y del progreso que las ideas de tolerancia había hecho en la misma España. La libertad de conciencia se había establecido en las constituciones y en las costumbres de casi toda Europa, mientras las libertades políticas, con su secuela de los regímenes constitucionales y del sistema parlamentario, triunfaba en los dos hemisferios.

De aquí el cambio profundo que se produjo en el espíritu del infatigable escritor peninsular, una verdadera crisis de su ideología, que ha llevado a algunos de sus biógrafos a hablar de crisis religiosa. Para el Dr. Marañón, por ejemplo, el verdadero don Marcelino, que él conoció en sus años postreros, animado de un espíritu comprensivo y tolerante, era el que tenía afinidad química con su esencia, como diría Sarmiento.

¿Qué pensaba el propio Menéndez Pelayo de su obra? Desde la aparición de los *Heterodoxos* no le habían faltado consejos para que depusiera su juvenil intransigencia y cerrado fanatismo, y entre estos, el de su respetado amigo don Juan Valera, quien le escribía en 1882: “Por lo demás, parece que con suavidad y lentitud debe usted de ir dejando de ser carlista y viniéndose a don Alfonso. Esto puede ser sin estrépito y del modo más natural. Y en punto a doctrinas sin salirse de las vías católicas, y sin aceptar doctrinas revolucionarias navísimas, puede usted ir marcando sus opiniones y teorías las cuales pudieran, con el saber que usted tiene y el que puede y debe adquirir aun, revestir un carácter castizo y archiespañol que le dé cierto valor original”.

Habían transcurrido treinta años desde la publicación de su libro y sólo en 1910, dos años antes de su muerte, escribió el prólogo para la segunda edición en el que reconoció la acrimonia con que estaba redactado el último volumen. “Otro defecto tiene sobre todo el último tomo, decía allí, y es la excesiva acrimonia e intemperancia de expresión con que se califican ciertas tendencias o

6 *Las horas solitarias*, 234-238.

se juzga de algunos hombres. No necesito protestar que en nada de esto me movía un sentimiento hostil a tales personas. La mayor parte no me eran conocidos más que por sus hechos y por las doctrinas expuestas en sus libros o en su enseñanza. De casi todos pienso hoy lo mismo que pensaba entonces; pero si ahora escribiese sobre el mismo tema, lo haría con más templanza y sosiego, aspirando a la serena elevación propia de la historia, aunque sea contemporánea, y que mal podía esperarse de un mozo de veintitrés años, apasionado e inexperto, contagiado por el ambiente de la polémica, y no bastante dueño de su pensamiento y de su palabra”.

Esta confesión enaltece la sinceridad del gran escritor, quien no distaba de convenir, como dice Américo Castro, que en lo esencial la historia de España es la historia de una creencia y de una sensibilidad religiosas, y a la vez, de la grandeza, de la miseria y de la parálisis provocadas por ellas.⁷

En fin de cuentas, los *Heterodoxos* constituían una historia peculiar y contradictoria dentro de la historia de España, como lo reconocía su autor, por cuanto a la historia religiosa de los primeros siglos, se agregaban la historia de los movimientos espirituales del Siglo XVI, con la reseña de la actividad de los partidarios de la Reforma y finalmente una historia política y literaria de los siglos XVIII y XIX. “Hoy reconozco en aquella obra, decía, muchos defectos nacidos de mi corto saber y de la ligereza juvenil con que me arrojé a un empeño muy superior a mis fuerzas”.

La otra crítica que se le hizo, que no carecía de exactitud, fue la de que estaba integrada por una serie de monografías de carácter biográfico. A las páginas que siguen podrá hacérseles los mismos reparos por cuanto en el cambiante panorama de los tiempos, en las personalidades vigorosas parecen encarnarse los anhelos y las pasiones de la época. Todo cuanto se ha escrito en el último siglo, que completa la galería biográfica que bosquejó el escritor santanderino, obedece a ese atractivo que ofrecen las personalidades que han dejado hondo surco en la historia. De aquí la preocupación del autor de estas páginas por recordar los aportes que en ese sentido se han hecho en los últimos años a la historia de España en los dos hemisferios. El mismo Menéndez Pelayo reconocía que ningún género literario envejece con más rapidez que el histórico, ya que la apertura de los archivos, la curiosidad de los eruditos y la constante mutación de los puntos de vista, bajo la presión de las ideas siempre renovadas,

7 *La realidad histórica de España*. México, 1944; pág. 128.

contribuye a esclarecer cada día con mayor exactitud la vida y las ideas del pasado.

Las líneas finales de ese prólogo de la edición que se preparaba, suscritas en Santander en julio de 1910, terminaban con esta confesión melancólica: "Esta segunda edición termina donde terminaba la antigua, es decir, en 1876, fecha de la Constitución que ha creado el actual estado de derecho en cuanto a la tolerancia religiosa. Sólo en alguna que otra nota me refiero a sucesos posteriores, para completar alguna narración o la biografía de algún personaje. De lo demás, otros escribirán, y no les envidio tan *triste y estéril materia*". ¿Reconocía con ellas el docto santanderino toda la inutilidad de su laborioso esfuerzo? La intolerancia religiosa era ya, en la Europa de esos días, sólo un recuerdo del pasado y otras persecuciones raciales e ideológicas, no menos crueles y odiosas, afrontarían las nuevas generaciones.

En realidad, como han apuntado los historiadores, el mundo tuvo que esperar el advenimiento del siglo XIX, calificado como el segundo Renacimiento, para ver consagrada la libertad de pensamiento y expresión, su penetración en distintas épocas y su difusión, de la que depende la historia. La Reforma fue una de las etapas porque atravesó esa lucha, y los caracteres que presentó en el territorio de la península fue lo que oscureció la visión del laborioso escritor santanderino.